

CULTO Y CULTURA*

Aunque el dato se deduce, siempre es significativo evocar la estrecha fraternidad filológica que une «cultura» a «culto» por medio de la raíz común del verbo latino *colere*. Esta unión se desarrollará por medio de varios recorridos temáticos en este número de la revista *Phase* que delinearán los nexos fundamentales que recorren estas dos grandes experiencias antropológicas arquetípicas, esto es, la celebración de la divinidad y la expresión simbólica que está en la raíz de la cultura.

CULTURA, UNA CATEGORÍA FLUIDA

Nosotros no anticipamos estos recorridos que unen filosofía, arte, inculturación con la liturgia. El culto por su naturaleza –sobre todo en ámbito cristiano– es un hecho que cruza en sí trascendencia e inmanencia, epifanía divina eficaz y asamblea orante, sacramento e invocación, Dios y hombre y que, por tanto, está necesariamente en contacto con la cultura. Intentaremos, en cambio, describir algunas coordenadas capitales y estructurales de la categoría actual «cultura» en cuyo confrontamiento está llamada a responder la liturgia con su especificidad, como por otra parte ocurrió en el pasado en el transcurso de los siglos de cristianismo y en la diversidad de lugares donde la fe cristiana se asentó.

Ahora bien, el término «cultura» se ha convertido en nuestros días en un tipo de palabra clave que abre una diversidad de cerradu-

* Este editorial, preparado por el autor en italiano para la revista *Phase*, ha sido traducido al castellano por José Antonio Goñi.

ras. Cuando el término fue acuñado en el siglo XVIII en Alemania (*Cultur*, que pasó después a *Kultur*), su concepto era claro y circunscrito: tocaba el horizonte intelectual alto, la aristocracia del pensamiento, del arte, del humanismo. En los últimos decenios esta categoría se ha «democratizado», ha prolongado sus confines, ha asumido caracteres antropológicos más generales, en la línea de la definición creada en 1982 por la UNESCO, hasta el punto que hoy se utiliza como adjetivo «transversal» para indicar la multiplicidad de ámbitos de la experiencia humana que ella «atraviesa».

A la luz de esto se comprenden las reservas del teólogo alemán Niklas Luhmann que está convencido que el término «cultura» es «el peor concepto jamás formulado», y a él se referirá el colega americano Clifford Geertz cuando afirma que «este vocablo ha sido destituido de toda capacidad eurística». Sin embargo, esta generalidad o, si se prefiere «generalismo», nos lleva a la concepción clásica cuando había en vigor otros términos sinónimos muy significativos como en griego «*paideia*», en latín «*humanitas*», o nuestro «civilización» (preferido por Pío XII, por ejemplo).

Es en esta perspectiva más abierta en la que la palabra «cultura» fue acogida con convicción por el Concilio Vaticano II que, sobre la estela del magisterio de Pablo VI, la hace resonar 91 veces en sus documentos. Partiendo propiamente del Concilio, con *Gaudium et spes*, el documento más rico de aspectos al respecto (particularmente en los números 53-62), el tema se desarrolló en diversos documentos del magisterio en encíclicas y exhortaciones apostólicas, para llegar a otras autorizadas páginas eclesiales de diverso género, capaces finalmente de componer un verdadero y propio arco iris temático en el cual se reflejan las diferentes irisaciones de una noción relevante, más aún, decisiva para la propia teología y para la pastoral.

Es por esto que el Pontificio Consejo para la Cultura preparó en el año 2003 una «antología de textos del magisterio pontificio de León XIII y de Juan Pablo II», bajo el título *Fe y cultura*, convencidos de que, como expresaba Juan Pablo II en su discurso a la asamblea general de las Naciones Unidas (1995), «cualquier cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y en particular

del hombre: es un modo de dar expresión a la dimensión trascendente de la vida humana. El corazón de cada cultura está constituido de su aproximación al misterio más grande, el misterio de Dios». En esta perspectiva es evidente que la liturgia se convierte en un componente relevante de la experiencia cultural que sugestivamente *Gaudium et spes* denominaba *humanus civilisque cultus*, en la práctica un tipo de liturgia secular.

LOS RETOS DE LA INCULTURACIÓN

Al concepto de «cultura», que ha tenido infinitas reflexiones y precisiones, se debe unir el de «aculturación» o «inculturación», que era delineado de este modo el año 1935 en el *American Anthropologist*:

Se trata de todos aquellos fenómenos que tiene lugar cuando entre grupos de individuos con culturas diversas ocurren por un tiempo prolongado contactos primarios, provocando una transformación en los modelos culturales de un grupo o entre los grupos.

Inicialmente el término adquirió una acepción negativa pues se refería a una cultura dominante que no se pliega a una ósmosis, sino que intenta imponer sus modos a la más débil, creando un *shock* degenerativo y una forma verdadera de colonialismo cultural.

Si se quiere ser menos abstracto, debe pensarse al pensamiento centroeuropeo que ha impuesto no solo su «herencia epistemológica», sino también su modelo práctico y económico al «sistema mundial», revelándose a menudo en África y en Asia como la interfaz del colonialismo político. En este proceso también el cristianismo se convirtió en uno de los componentes culturizadores y la liturgia latina fue una insignia emblemática. Se comprende, de este modo, el fenómeno de reacción constituido por los movimientos «evangelistas» o de formas de etnocentrismo, nacionalismo, indigenismo; fenómeno que con fuerza ha iniciado bastantes objeciones al hecho de modificar la terminología de «globalización» a «glocalización».

Con estos precedentes se explica porqué la Iglesia contemporánea haya preferido evitar el término «aculturación» sustituyéndolo por «inculturación» para describir el trabajo de la evangelización. Juan

Pablo II, en *Slavorum apostoli* del año 1985, definía «inculturación» como «la encarnación del evangelio en las culturas autóctonas juntamente con su introducción en la vida de la Iglesia». Un doble movimiento bidireccional de cambio, por lo que –como el mismo papa dijo a los obispos de Kenia en el año 1980– «una cultura, transformada y regenerada por el evangelio, que produce de su propia tradición expresiones originales de vida, de celebración, de pensamiento cristiano». El vocablo «inculturación» ha recibido sus connotaciones sobre todo a nivel teológico como signo de compenetración entre cristianismo y cultura en una fecunda confrontación, gloriosamente testimoniada por el encuentro entre la teología cristiana de los primeros siglos y la fuerte herencia clásica greco-romana. Se comprende, por tanto, cuán relevante y decisiva es la cuestión de la «inculturación» en la liturgia y como ha cobrado un vivo protagonismo tras el Vaticano II.

IDENTIDAD Y DIÁLOGO: ETNOCENTRISMO E INTERCULTURALIDAD

Llegados a punto es normal afrontar –siempre de modo muy esencial– la cuestión del nexo específico y las interacciones entre los múltiples culturas que entran en contacto mutuo. Fue propiamente en el siglo XVIII –como se ha dicho antes– que fue acuñado el término *Cultur / Kultur*, cuando se comenzó a hablar de «culturas», en plural, gestando así la base para reconocer y comprender el fenómeno actual denominado «multiculturalidad».

Entre los que iniciaron este camino, que superaba el perímetro centroeuropeo y el intelectualismo y se dirigía hacia nuevos y mayores horizontes, estaba Johann Gottfried Herder con sus *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791), que en 1782 ya se había dedicado al *Espíritu de la poesía hebrea*. Sin embargo, la idea se encontraba en el pensamiento de Vico, Montesquieu y Voltaire que reconocían el emerger de un pluralismo cultural en la evolución e involución de la historia, en los mismos condicionamientos ambientales, en el incipiente encuentro entre los pueblos, entre las primeras ósmosis ideales, sociales y económicas.

Ciertamente, esta aproximación se situaba dentro de una dialéctica antigua. Ha sido constante, sin embargo, la oscilación entre dos

extremos, el del idealismo étnico cultural y el de la interculturalidad. El etnocentrismo se ha exasperado en ámbitos políticos o religiosos de corte integrista, atados fuertemente a la convicción del primado absoluto de la propia civilización, en una escala de graduación que alcanzan hasta la desvalorización de otras culturas clasificadas como «primitivas» o «bárbaras». Lapidaria fue la afirmación de Tito Livio en su *Historia*: «La guerra existe y siempre existirá entre los bárbaros y todos los griegos» (31,29). Esta actitud ha sido propuesta de nuevo en nuestros días bajo la fórmula del «encuentro de civilización», codificada en el ya famoso artículo del políglota Samuel Huntington, desaparecido en 2008, *El encuentro de las civilizaciones y el nuevo orden mundial*.

En este texto estaban mencionadas ocho culturas (occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y africana), subrayando sus diferencias, hasta el punto de hacer saltar una señal de alarma en Occidente para la defensa de sus propios valores, asediado por modelos alternativos y por los «desafíos de las sociedades no occidentales». En esta visión era significativa la intuición de que, bajo la superficie de fenómenos políticos, económicos, militares, había un «hueso duro de roer» de matriz cultural y religiosa, pero sobre todo cultural.

Sin embargo, es cierto que si se adopta el paradigma del «choque de civilizaciones», se entra en la espiral de una guerra infinita, como ya había intuido Tito Livio, que tiene su expresión en el fundamentalismo. En nuestros días ese modelo aflora en algunos ambientes, sobre todo cuando se afronta la relación entre Islam y Occidente, y puede ser adaptado también como manifiesto teórico para justificar operaciones político-militares de «prevención», mientras en el pasado avalaba intervenciones de colonización o colonialismo (ya los romanos fueron maestros en esto).

La perspectiva más correcta bien humanísticamente bien teológicamente es, sin embargo, la «interculturalidad», que es una aproximación muy diferente de la «multiculturalidad». Esto se basa en el reconocimiento de la diversidad como una aparición necesaria y preciosa de la raíz común «adámica», sin perder la propia especificidad. Se propone, entonces, la atención, el estudio,

el diálogo con las civilizaciones previamente ignoradas y remotas, pero que ahora se asoman prepotentemente sobre una exterioridad cultural hasta ahora ocupada por el Occidente (pensemos más allá del Islam, de la India y de la China), un planteamiento que es favorecido no solo por la actual globalización, sino también por los medios de comunicación capaces de pasar toda frontera (la red informática es el símbolo capital de esto).

Estas culturas, «nuevas» en Occidente, exigen una interlocución, a menudo impuesta por su presencia imperiosa, hasta el punto que, como hemos dicho, ya se empieza a hablar de «glocalización» como nuevo fenómeno de interacción planetaria. En este cruce se coloca también la liturgia que es una de las expresiones fundamentales de la religión, que es *culmen et fons* de la fe y de la vida cristiana por la que no solo la *lex orandi* se convierte en *lex credendi* sino también la misma *ars orandi et celebrandi* debe ser *ars credendi*. Se debe, por tanto, hablar de un esfuerzo complejo de confrontación y de diálogo, de intercambio cultural y espiritual, que podremos representar de modo emblemático—en ámbito teológico cristiano—propriadamente por medio de la misma característica fundamental de la Sagrada Escritura.

La Palabra de Dios no es, en efecto, un aerolito sagrado caído del cielo, sino encuentro entre *Lógos* divino y *sarx* histórica. Si es así, en presencia de una confrontación dinámica entre la Revelación y las varias civilizaciones, de la nómada a la fenicio-cananea, de la mesopotámica a la egipcia, de la hitita a la persa y a la greco-helenista, al menos en lo que se refiere al Antiguo Testamento, mientras la revelación neotestamentaria se ha encontrado con el judaísmo palestino y el de la diáspora, con la cultura greco-romana y hasta con las formas culturales paganas.

Juan Pablo II, en 1979, afirmaba delante de la Pontificia Comisión Bíblica que, antes de hacerse carne en Jesucristo, «la misma Palabra divina se había hecho ya antes lenguaje humano asumiendo los modos de expresarse de distintas culturas que desde Abrahán al vidente del Apocalipsis ofrecieron, al misterio adorable del amor salvífico de Dios, la posibilidad de ser accesible y comprensible

también para las generaciones siguientes, aún en la diversidad grande de sus situaciones históricas».

La misma experiencia de ósmosis fecunda entre cristianismo y culturas –que originó la «inculturación» del mensaje cristiano en civilizaciones lejanas (tengamos presente solo el trabajo de Mateo Ricci en el mundo chino y las relativas discusiones sobre la liturgia latina y su adecuación)– ha sido constante también en la tradición a partir de los padres de la Iglesia. Basta citar un fragmento de la *Primera apología* de san Justino (siglo II):

Del *Lógos* divino fue partícipe todo el género humano y aquellos que vivieron según el *Lógos* son cristianos, también si fueran juzgados ateos, como entre los griegos Sócrates y Heráclito o otros como ellos (46, 2-3).

Bajo esta luz se convierte particularmente relevante a nivel estrictamente teológico o a nivel pastoral situar al centro de esta consideración la vinculación entre culto y cultura, con toda la delicadeza y la complejidad de los problemas que requieren el necesario corolario. Un ejemplo para todos de esta complejidad lo encontramos en el nexo entre arte contemporáneo y liturgia, una confrontación tormentosa que está llegando a nuevas etapas significativas, tras claras degeneraciones y puros y simples choques. Esta confrontación será beneficiosa para la misma cultura que, tras haberse dispersado por los caminos de la secularización, está encontrando el interés por los grandes símbolos, los ritos, y los temas y las narraciones de la secular tradición cristiana que se expresa de modo luminoso y noble también en el patrimonio litúrgico, en la herencia artística y en los lugares de culto. El poeta francés Paul Claudel escribía a su dudoso amigo Jacques Rivière:

La liturgia y las celebraciones te enseñarán más que los libros. Sumérgete en este inmenso baño de gloria, de certeza, de poesía.

+ Gianfranco cardenal RAVASI

Presidente del Pontificio Consejo para la Cultura